

## El cadejo

Según cuentan las personas de mayor edad, que aun habitan en Tacuazinate, que cuando todavía no había en el poblado luz eléctrica, sucedieron muchos casos en cuanto a desaparición de personas, principalmente durante las noches. Afirman que era en las noches de luna llena, cuanto esto sucedía, pues no pocas veces los pobladores vieron pasar por las puertas de su casa un animal de impresionante tamaño, decían que era como un perro negro, de pelaje brillante, los ojos parecían brazas, los enormes colmillos relucían en la oscuridad de la noche, dejaba a su paso un nauseabundo olor a azufre. Le llamaban el Cadejo, nadie sabía porque era el nombre. Por las mañanas, la noticia era que a alguien durante la noche se lo había ganado el demonio. No importaba la edad, ni el sexo.

Sabían que en otras comunidades aledañas, como Chahuites o en el Jicaro, también pasaba lo mismo, pero nunca nadie había visto de cerca al animal, por eso para prevenir cualquier ataque, no faltaban en las casas los frascos con agua bendita, las cabezas de ajo amarradas con listones rojos atrás de las puertas, o siempre recomendaban que se orinaran a los alrededores de la casa, para si ahuyentar a los malos espíritus.

La población esta rodeada por varios cerros, que conforman una cadena montañosa, muchos creían que era de uno de ellos de donde descendía por las noches. Había los exagerados que gustaban de inventar historias, según contaban habían tenido encuentros con el famoso animal, habiendo recibido heridas por sus colmillos y garras, y que cuando se luchaba con valor se le podía vencer, otros por el contrario aseguraban que era una persona que tenía pacto con el demonio, otros tantos decían que era algún loco que andaba suelto y que mataba a mordida a sus víctimas.

En cierta ocasión en que se encontraban tomando dos borrachitos del pueblo, a los que la gente les llamaban los “*bojos*” porque eran como la madera (bofa), estaban estos sobre la banqueta de tía Yaco, casi en las orillas del pueblo, era uno de los puntos de reunión de todos los bojos, otro sitio era el del *Juchito*, siempre ahí se les podía encontrar tomando su acostumbrada ración de mezcal serrano. Era ya muy entrada la noche, por cierto había luna llena, cuando uno de ellos, al que le conocían como Tolentino, estaba acurrucado sobre el enorme portón de madera, cuando observo a lo lejos una luz que se dirigía en dirección a ellos, el otro al que le llamaban Vizcaíno estaba acostado, y estaba en parte oculto por una piedra grande que no quitaron cuando hicieron la banqueta, éste estaba semidormido, ya que nada más abría bien los ojos cuando se prendía a la botella y se tomaba un trago, luego nuevamente se acostaba. En eso estaban cuando Tolentino no perdía de vista aquella luz, pensó que a lo mejor alguien se dirigía rumbo a ellos y venía fumando, pero a medida que más se acercaba divisaba, muy apenas, que eran dos luces y que parecían que echaban chispas, entonces empezó a sentir miedo.

Tolentino, cada vez empezó a sentir mas miedo, así que decidió hablarle a Vizcaíno para que se despertara, y para ver si veía lo mismo que él. –Ey tu bojo, despiértate, le habló en una forma que casi ni el mismo se alcanzo a escuchar. El otro enfadado por haber sido interrumpido, le contesto: Uta, porque no dejas dormir compadre, estoy muy cansado.

–Que te despiertes, parece que alguien viene rumbo a nosotros, pero hasta creo que trae lumbre en los ojos. –Ay compadre, ha de ser Don Tane con sus puros, pídele uno.

Un viento helado empezó a inundar la callecita del poblado, las ramas de tamarindo comenzaron a moverse, unas ramitas de escobilla era arrastrada por el viento, el palo de pochota

que estaba a unos cuantos metros de ellos, les impedía ver la luna, que además en ese momento se ocultó en una nube. El aroma metálico, apenas perceptible al olfato casi atrofiado por completo por tantos años de bebedores, hasta hizo que se les secase la boca, ya Vizcaíno se había despertado por completo, pero sin haber visto la luz que le señalaban. Prácticamente se quedaron tontos y mudos al escuchar como sonaban las hojas de guanacastle al paso del enorme animal, era profundamente negro, la cola que arrastraba se movía en todas direcciones, nunca habían visto una cola de un animal tan larga, en uno de sus movimientos le tocó el rostro a Tolentino, éste no aguantó más y sintió una humedad que recorría entre sus piernas. Vizcaíno que no había visto de frente al animal, tartamudeando le dijo a su compadre: -Es, es el ca-ca, cacadejo, compadre. El otro también respondió: -no hables, deja que se vaya. No muy seguros de lo que habían presenciado, llegaron a insinuar: a lo mejor, tía Yaco le puso algo al mezcal, que nos hacer ver visiones. Como Tolentino había sacado todo el miedo, ya medio repuesto contestó: -Si compita, es cierto lo que vimos, a lo mejor no nos hizo caso el animal porque ya casi ni parecemos gente, no olemos a gente si no a puro trago, y es que yo creo que él se guía por su olfato. O tal vez ya hizo maldad en el pueblo y va satisfecho. Prácticamente se les había quitado la borrachera de no sé cuánto tiempo, meses o años.

Ahora, ya sobrepuestos del susto, los dos pensaron lo mismo; seguirlo. Esperaron una distancia prudente y eran guiados por los destellos de luz emitidos por los ojos del cadejo. No nos acerquemos mucho compita, no sea que se le ocurra volver nuevamente. Imagínate tenerlo frente a ti, si horita me moje, dijo Tolentino, yo creo que me orino no más de sentir su hocico pegado a mí. Vizcaino agregó: -a lo mejor lo echas corriendo con el tujo que te cargas compita. No se acordaron de la botella de mezcal a medio terminar, aún dejaron el gusano nadando en ella, y empezaron a caminar con pasos temblorosos.

Sin imaginar la distancia que habían logrado caminar, cosa que no hacían de ya mucho tiempo, pues únicamente se la llevaban sentados en las banquetas, estirando las manos para pedir para el trago, como tampoco sabían la hora que era, menos conocían de horas, sin trabajar, sin preocupaciones, el día y la noche les daba igual. Compita, dijo Tolentino, te fijaste en que dirección venimos, no sea que nos perdamos al regreso. No te fijes compa, andamos cerca de “ *agua fría* ”, no te acuerdas de ese cerro, es el que se ve del centro de Tacuazinate, así que de regreso, no más nos fijamos pa` tras y ya. Bueno, respondió Tolentino, no muy convencido.

Tenían ya varios minutos que habían perdido de vista al animal. Comenzaron a discutir. Ya viste, te dije que te apurarás, pero no, todo el camino te viniste haciendo del borracho, reclamo Tolentino, a lo mejor ya no lo encontramos. A lo lejos se escuchaba una caída de agua, y no había rastro alguno que seguir, en eso estaban, cuando las primeras luces de la mañana se comenzaron a filtrar. Ya vez, pá que camínanos tanto, a lo mejor cuando sale el sol desaparece. Volvía nuevamente a regañar a Vizcaíno. Este nada más, pudo decir. Ya pues, pareces mi jefe. ¡Soy su jefe, y cálese o lo meo! .Termino la discusión.

Caminaron una pendiente, y observaron que tan solo a unos cien metros de ellos se encontraba una cabaña. Se quitaron los huaraches, y caminaron agazapados entre los matorrales, en ese momento ni se pusieron a pensar de que podían espinarse, cosa tal vez difícil, teniendo en cuenta lo grueso de mugre de sus talones, hasta acercarse lo más que pudieron a la solitaria cabaña, al punto de poder recargarse en sus paredes de otate. Escucharon en su interior un enorme rugido, lo que hizo que volviera en ellos la sensación de miedo. Ay compadre, creo que ora si nos llevo pifas, dijo Vizcaíno, mejor estaríamos orita curándonos la cruda haya con el “ *juchito* ” aunque

rebajado el mezcal, pero lo alcanzamos a pasar. Tolentino se llevo el dedo índice a la boca, haciendo la seña, para que se quedara callado. El otro comenzó a llorar de miedo, yo no quería venir compita, a lo mejor ya se comió al que vive aquí, luego se va a quedar con hambre y sigue con nosotros. Tolentino que ha había tomado un buen lugar medio acurrucado, volvió a hacerle el señalamiento de que se quedara callado, y se fuera a su lado. Grande fue la sorpresa, al observar entre los espacio de cada otatate, que ahí estaba aquel imponente animal, daba vueltas alrededor de un circulo dibujado en el centro, tenia este una figura por demás extraña que no alcanzaban a observar bien los que estaban afuera. Prefirieron de momento quedarse con la duda a molestar al animal. Los ojos aquellos habían perdido su brillo, ahora se veían como una especie de caverna, profundamente oscuros. Se detuvo, emitió un rugido y se paro con las patas, casi rozaba el techo, y de repente a nivel del abdomen comenzó un sonido, que semejaba cuando alguien troza una tela, se le estaba abriendo el abdomen, y poco a poco la piel se fue depositando en el suelo, estaba precisamente en el circulo. Completamente mudos, por la metamorfosis que presenciaban, siguieron observando, ahora casi no respiraban, solo se acercaron más el uno al otro, temblaban, uno de ellos quiso hablar pero le fue imposible, las palabras se le habían escapado.

Veían la enorme piel que había sido depositada, y de ella había salido un hombre, ¡si era un hombre!. Estaba completamente desnudo, y la piel al rojo vivo, hasta parecía que lo habían desollado. Lanzó una exhalación, provocando una ráfaga de aire que rozo los cabellos de los indiscretos observadores, quedaron todos impregnados de la baba de aquél extraño animal, todos pegosteados, luego el extraño personaje comenzó a llorar, golpeándose los nudillos hasta provocar que la sangre le brotara, recogió la piel, que ahora, más parecía un trozo de alfombra y la deposito en enorme baúl que se encontraba en un rincón de la cabaña. Se puso su pantalón y camisa, lo mismo que los guaraches, se tendió en un catre y se dispuso a dormir. Momento este que fue aprovechado por la pareja de observadores para hacer su sigilosa retirada, y ya a varios metros distantes, ¡por fin! exclamo Vizcaíno; pensé que nos iba a comer el maldito animal, que digo animal, ese hombre! Gracias diosito. Caminaba detrás de su compa, quitándose las espinas. Después de esto que he visto, se me antoja echarme un trago.

Tolentino que caminaba apurado, era el más sensato de los dos, no había pronunciado palabra alguna, al fin agrego: -que trago, ni que trago. En mi vida vuelvo a probar otro maldito trago de mezcal !ya no!, cerro los puños, hasta hacer que se le notaran las venas, una vez que estas se congestionaron resaltando diminutamente en aquella piel pálida, reseca, tapizada de tierra, y volvió a dirigirle la palabra a su compa: - mejor vamos a pensar que hacer, porque ya sabemos onde vive, hay que ir al pueblo, pero sin decirle a nadie, nos preparamos bien, y luego cuando no este nos metemos a la cabaña y quemamos el cuero que tiene de ese animal, y a lo mejor así salvamos a este hombre.

Regresaron al pueblo en la misma dirección, pasaron cerca de la banqueta, y ya no estaba la botella de mezcal, Vizcaíno que, durante todo el camino de regreso iba imaginando la sensación de tibieza al discurrir el liquido por su garganta, aunque escasa la producción de saliva, pero la imaginación era mucha, se le seco la boca por completo al no hallar la botella. Fue por eso que le comento a Tolentino: - compa, me mata, me mata, a lo que el otro rápidamente se volteo al instante, para ver quien trataba de agredir a su compa. No observo nada. –Que paso compita, son figuraciones tuyas, nadie te quiere matar. – Me mata la gana de tomar, compa, me muerdo por un trago. Ya no más tragos, recalca el otro.

Uno de ellos fue el que dijo, ya sé lo que vamos hacer, vamos a regresar de nuevo a observarlo, y vamos a ver hacia a donde se dirige, y si se va a trabajar vamos a aprovechar para entrar a la casa.

Estuvieron cerca del medio día agazapados entre unos arbustos esperando que el hombre aquel saliera de su cabaña, y por fin observaron que salió un hombre con un morral, machete y un pumpo al hombro, esperaron unos veinte minutos después de que salió y Tolentino le dijo a Vizcaíno que él iba a entrar primero y que le avisara en caso de notar algo raro. Abrió sigilosamente la puerta hecha de cartón, lámina, y madera, y se sobresaltó al escuchar el maullido de un gato negro que se encontraba dentro de la casa y salió intempestivamente de la cabaña al asustarse por la intromisión, lo puso a sudar. Vizcaíno al observar el sobresalto se reía. Toentino lo llamó, ey tú bojo, ven a ver esto. En el interior observaron que aún permanecía el círculo dibujado y en el centro estaba una veladora encendida y que poco a poco se iba consumiendo la cera, había además una serie de dibujos extraños, que los hizo exclamar casi al unísono –esto parece cosa del diablo, sobre el techo pendían de un hilo unas esferas que daban el aspecto de que eran unos ojos y que a la vez lo observaban, observaron también que sobre una rústica mesa se encontraban unos cinco cráneos, y luego se les vino a la mente que a la mejor el era quien había matado a los campesinos, y después de que los asesinaba, esperaba que los enterraran para luego quitarles el cráneo, unas patas de gallo estaban clavadas en la pared, sobresaliendo unos grandes espolones, un crucifijo que se encontraba de espalda y puesto en posición inversa, y una serie de grandes amuletos en los que sobresalían el rostro de la muerte con aspecto burlesco. Ellos no se movían del mismo sitio sus cuerpos giraban en un mismo eje, hasta que fijaron la vista en el baúl de madera que estaba a medio cerrar, ya que alcanzaba verse un pelaje fino y oscuro que llegaba al piso. Observaron que tenía una asa y era como si reabrieran las fauces a una fiera, ya que al abrirlo se produjo un crujido, que más bien ellos lo interpretaron como un rugido, haciéndolos que se les erizaban los pelos.

Tolentino fue quien le dijo a Vizcaíno, a lo mejor este señor esta purgando aquí en la tierra toda su maldad Dios lo ha de ver castigado, dándole una piel de un animal tan feo y terrible, pues si es verdad eso, contesto Vizcaíno, la forma de ayudarlo es que se muriera, a que te refieres, espetó el otro, -mira, que te parece si le echamos sal y vinagre por dentro de la piel, hay que aprovechar orita que no esta. Más que aprisa buscaron de entre la mesita, donde estaban unos trastes, había unos botes de vidrio con condimentos, donde al destapar le salieron cucarachas, y un aroma muy nauseabundo vieron una bolsita, con el contenido de gránulos blancos, por lo que procedieron a realizar en una jícara una combinación de sal con vinagre, luego con gran temor, procedieron a abrir completamente aquél baúl, cuán grande continuaría siendo su sorpresa al ver que dentro de el había una cantidad inmensa de monedas de oro, joyas en forma de cadenas, anillos, pulsos y pulseras, esclavas, con las más variadas figuras, claro que no dejaban de parecerseles demoníacas. Pero lo que más les llamo la atención en ese momento fue el peso de aquella piel, tuvieron que realizar un gran esfuerzo entre los dos para sacarla y extenderla en la su en la superficie de la tierra vieron que al abrirla por la mitad daba el aspecto de que estaba recién destazada esa piel, luego acercaron la mezcla del preparado tan extraño y comenzaron a untársela, y observaron que se tornaba de un color rojizo incluso daba el aspecto de que estaba cociendo aquella piel, sudaban a chorros, las manos les temblaban, terminando de realizar su trabajo, procedieron cuidadosamente a ordenar los trastos que habían empleado, tratando de borrar toda huella, observaron a través de las rendijas de las tablas, no vieron peligro alguno y

salieron a toda prisa. Decidieron por el momento no tomar nada de lo que contenía el baúl para no perder todo su plan. Se fueron nuevamente a agazapar a unos arbustos y esperaron pacientemente a que cayera la noche, cuando calcularon que eran aproximadamente las 10 de la noche escucharon unos pasos que al pisar las ramas secas producían un ruido que en la soledad de la noche parecía que eran producidos cerca de ellos, observaron que se prendía una veladora, se fueron acercando poco a poco, y entre las rendijas de otate vieron como este señor se desvestía, lo curioso del caso es que no había podido distinguirle el rostro, no se les hacia persona conocida por el acento de su voz. Abrió el baúl y escucharon el sollozo lastimero que decía, señor ya no me castigues de esta forma, haz, que pague mis culpas de una vez por todas. Luego procedió con gran facilidad a ponerse aquella piel detrás de su espalda, metió una a una las piernas, luego fueron ambos brazos, y de manera rápida aquel humano se convirtió en una fiera, pero al dejar la posición de pie cayo de bruces al suelo, retorciéndose y lanzando unos aullidos que quizás se escucharon hasta el pueblo, porque a sus dos observadores casi los aturde por su intensidad, notaron la polvoreada que se producía al revolcarse en el suelo se golpeaba contra las paredes de otate, observaron aquellos chispeantes ojos iban perdiendo su intenso brillo, sus filosos colmillos habían quedado dejado sus huellas en todo lo que estaba cerca de él, ya que era atacado a mordidas, luego se produjo un silencio, desapareció la nube de polvo y aquellos dos silentes observadores poco a poco iniciaron el movimiento de sus músculos, se levantaron a hurtadillas, procurando no realizar ruido alguno, y por fin dijeron casi, casi al unísono -creo que ya se murió. Abrieron la puerta, con gran temor, y vieron aquella bestia tirada en el suelo, completamente inmóvil, calcinada, un olor profundamente fétido y ocre rondaba en el ambiente. Se dirigieron al baúl, lo quisieron levantar entre dos, en vano fue el intento, luego comenzaron a sacar una a una las monedas que de ser tantas se les resbalaban de las manos, tomaron algunas joyas y dijeron mejor vamos a enterrarlas porque si nos ven con tanto oro nadie nos va a creer esto, mejor nos vamos pa otro pueblo, y comenzamos una nueva vida como unos grandes señores.

Les llevo la mañana terminaron de sacar hasta la ultima moneda, las enterraron, y se dijeron que nadie iba a traicionar a nadie, y por fin pudieran descansar, luego se dirigieron tranquilamente hacia la población, y la gente que los veía prefería evitarlos porque pensaban que le pediría dinero. Llegaron a la plaza del pueblo, se sentaron frente a la estatua de Benito Juárez, esa que estaba en el mero centro del parque y que bajo sus plantas estaba un pozo. Fueron al río, lavaron sus ropas, se las volvieron a poner y luego desaparecieron del pueblo, jamás nadie volvió a saber de ellos y nadie los echo de menos.

Solo una cabaña quedo en las faldas del cerro de agua fría, nadie supo quien la habitaba, todos los que pasaban cerca se hacían la señal de la cruz, ya que sentían un viento helado se producía tan solo de mencionar el nombre del cadejo. Las generaciones actuales jamás han oído hablar del el.

Esto queda como un dato para contar.